

Tema 1: Preparación espiritual para la Liturgia de la Eucaristía (I)

Introducción

Durante estos meses hemos recibido en las diócesis de España el Misal con la nueva traducción al castellano. Prácticamente no ha habido eco entre los seglares (salvo alguna consulta sobre el «pro multis» –por muchos-). Aprovechando este hecho vamos a reflexionar durante este curso sobre la Eucaristía pero desde las disposiciones interiores y, sobre todo, cómo vivir, como experiencia de Dios, lo que de hecho ocurre en la celebración.

Como principio podemos decir que en el Misal se expresa la fe de la Iglesia respecto a la Eucaristía y lo hace de modo sacramental (ritos, gestos, oraciones...). Por tanto, lo más lógico sería pensar que el cristiano celebra y ora con la Iglesia a partir de estos textos y ritos. Es ahí donde se alimenta, vive y crece la fe del pueblo de Dios. Pero no nos engañemos, a veces no es fácil percibir cómo se vive y transmite la fe en la celebración litúrgica.

Nos importa pastoralmente y espiritualmente que el pueblo de Dios pueda participar internamente en los sacramentos y en las celebraciones de la Iglesia pero sigue dando la impresión de que hay mucho camino por hacer en este sentido. La llamada por el Concilio «participación activa» sigue siendo un tema pendiente, a pesar de los esfuerzos hechos hasta ahora. Pero hay que volver a plantearse cómo el creyente acoge el don de Dios y vive la fe en el interior de la celebración. Y nos vamos a centrar en la Eucaristía, siguiéndola paso a paso.

«Arrancado de mi subjetividad»

Aquí tenéis el testimonio de un autor francés (Paul Ricoeur) que nos puede ayudar a pensar cuál es nuestra postura ante la liturgia de la Eucaristía.

“Estoy agradecido a la liturgia por haberme arrancado de mi subjetividad, por ofrecerme no mis palabras, no mis gestos, sino los de la comunidad. Soy feliz por esta objetivación incluso de mis sentimientos; introduciéndome en la expresión cultural soy alejado de la efusión sentimental; entro en la forma que me forma; haciendo mío el texto litúrgico yo mismo me convierto en texto que ora y canta”.

La celebración litúrgica “forja, forma y conforma” al cristiano. Y todo esto al menos por el contacto vital y diario con la Palabra de Dios. Es la liturgia la que convoca (Dios mismo) y accedemos a ella sin ser propietarios de la misma (*por ofrecerme no mis palabras, no mis gestos*) puesto que la liturgia nos precede. Efectivamente entramos en la celebración sin necesidad de inventar nada sino de disponernos para que Dios se nos de en la Palabra y el Sacramento.

El cristiano practicante, el que participa en la misa dominical, deja que la liturgia le impregne, entre dentro de él sin grandes experiencias pero la oración de la Iglesia va educando su interior y lo va nutriendo con la sabiduría de la Palabra (al menos así lo queremos). Cuando la participación dominical no deja rastro ni señales en el interior del creyente habría que preguntarse más cosas.

¿Qué os parece que haya fieles que asisten a la Eucaristía y, en realidad, no afecta nada para sus vidas, sus modos de vivir? ¿Vamos preparados, cumplimos, nos puede la costumbre, la rutina...? ¿Puede la Eucaristía educar mi fe cristiana? ¿Me ayuda a interiorizar mi forma de estar en el mundo? ¿Será que no entienden lo que ocurre en la Eucaristía, no se lo han explicado?

No es la Eucaristía el bálsamo de un cristianismo de autoayuda o autosatisfacción, ni el encubrimiento de meros sentimientos religiosos que no sabemos si son realmente cristianos. **No basta con sentirse bien: es Cristo quien me habla, quien se me da...** Puede ser que no acertemos con un aspecto de la fe: **la vivencia sacramental**. El seguimiento del Señor se concreta en los encuentros con el Resucitado que hacen patente su iniciativa para nuestra salvación. Así, **el cristiano acepta la mediación sacramental, litúrgica, como lugar de encuentro, lugar de encarnación. Como ocurrió ya en Emaús**, se trata de conocer a través de los gestos, dejarse invadir por la fuerza que llena los signos, acogerlos en el espacio del corazón, dejarles hablar su lenguaje propio, dejarse guiar por lo que ellos inspiran: **la palabra de la fe no hace sino expresar lo que los signos ya están actuando en el corazón del creyente**. Esta es **la inteligencia espiritual** de los símbolos litúrgicos, del lenguaje litúrgico. No estamos lejos de lo que se llama la **experiencia del misterio de Cristo**.

Sería bueno leer aquí el texto de **los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35)** y entre todos hacer una lectura litúrgica y espiritual del texto: gestos, actitudes, itinerario... Porque supongo que sabrás que es la presencia del Resucitado la que nos convoca. Hay gente que piensa que la Eucaristía depende

de sus sentimientos, de lo que cree que le aporta ¿será así, vamos dispuestos a este encuentro con el Resucitado o vamos a ver qué pasa?

Por eso entramos en la liturgia **con humildad y con actitud escucha**. La mesa está preparada “caliente el pan y envejecido el vino” de tantos siglos... con la Iglesia: “*Venid, que ya está preparado*” (Lc, 14, 17). Los gestos, la mirada, los textos, los signos ya están, es Palabra ya pronunciada y cumplida. “Hoy”...

Dimensión sacramental-litúrgica de la fe

La fe se ha manifestado a lo largo de los siglos en la celebración y podemos seguir afirmando que la fe de la Iglesia sigue mostrándose en los textos y ritos que aparecen en la celebración. Si tal es su fuerza quiere decir que **hemos de aprender en entrar en ella**.

Ahora bien, **en la liturgia todo viene ya dado**. No son textos ni libros de autor, **es la misma Iglesia la que ora y alaba, celebra**. Por eso hay que aprender a acercarse a ella con un **sano sentido eclesial** porque en este campo es el Señor quien invita. Ni la Palabra ni la Presencia sacramental son nuestros, no somos propietarios, somos invitados. **No dispongo de la liturgia a mi gusto sino que me dispongo para ella**. No domino, no controlo... me es dado.

Pero tampoco elijo a los hermanos y hermanas con quienes tengo que celebrar, **el pueblo de Dios se manifiesta en muchos rostros** y asumimos la historia de la salvación aquí y ahora con la secular fe de la Iglesia expresada de forma orante y sacramental. Si en la liturgia se debiese inventar y crear todo de nuevo no significaría ya acceder a una realidad que nos precede y nos trasciende.

Comprender de verdad lo que quiere decir que **la liturgia hace al cristiano**, significa aceptar que la liturgia de la Iglesia no solo precede a mis pensamientos, mis sentimientos, las concepciones, los gustos... sino que **-a veces- también se opone a mi**

«Siempre lo mismo»

Frente a nuestro deseo de profundizar y vivir la Eucaristía escuchamos cosas como esta: muchos dicen aburrirse en Misa porque es “siempre lo mismo”. O, al menos, les suena siempre igual.

Entendemos que **una de las características de la ritualidad** (en todas las religiones y en nuestra propia vida) **es la “repetición”**. Observa lo que haces todos los días al levantarte... o al llevarte la cuchara a la boca cuando estás comiendo... o cuando te miras al espejo... nuestra vida necesita de este aspecto ritual para que podamos ser gente equilibrada en nuestro modo de vivir porque si no estaríamos llenos de manías. La vida es más fácil si determinadas cosas de la vida no están sometidas a constante reflexión y “repetir” ritualmente normaliza el día a día en realidades que son necesarias para vivir. Vestirse, comer, andar, lavarse... están asumidos necesariamente para vivir y no nos preguntamos todos los días por qué hay que hacerlo.

También la Eucaristía repite gestos y palabras que nos hablan de la **“cotidianidad” del Pan y de la Presencia**. ¡Estaría bueno que para participar del banquete del Señor tuviéramos que plantearnos cada día la existencia de Dios o el problema de la “transubstanciación”! La normalidad, también en esto, se impone a nosotros. Eso sí, ¡que la Comida sepa a gloria!

modo de sentir, lo contradice contestándolo. Cuántas veces acomodamos los textos que oímos a nuestra conveniencia, sobre todos los textos más exigente al escuchar la Palabra! Nos acostumbramos a lo que nos interesa.

El creyente se encuentra entre lo que ya tiene, o mejor, recibe, y **lo que ha de ocurrir, la salvación como sorpresa de Dios entregando al Hijo en el tiempo**, en nuestro tiempo. Manipular los textos, manipular lo celebrativo (centrándolo todo en nuestros deseos) es alejarse de la fe de la Iglesia acomodándola a mi sentir. **Es verdad que el cristiano hace la liturgia pero la liturgia hace al cristiano.**

El problema viene **cuando los ritos y expresiones de la Eucaristía permanecen “mudos”** para el fiel. La Eucaristía se convierte en una realidad inexpresiva donde lo que ocurra depende de mí o de la expectativa milagrosa o mágica que me pueda aportar esta realidad a la que hay que asistir.

Vamos a plantearnos esta cuestión fundamental a través de un texto del Éxodo:

*Y cuando entréis en la tierra que el Señor os va a dar, según lo como prometido, y observéis este rito, **si vuestros hijos os preguntan: ¿Qué significa este rito para vosotros?**, les responderéis: Es el sacrificio de la pascua del Señor, que pasó junto a las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo a los egipcios y protegiendo nuestras casas. Entonces el pueblo se inclinó y se postró” (Ex 12, 25-27).*

También los hijos, los catecúmenos... se preguntan y nos preguntan cuál es el significado de la Eucaristía, de este rito para nosotros. La respuesta central sería: **celebramos la pascua del Señor. Pero ¿qué significa esto? ¿Sabemos lo que significa MISTERIO PASCUAL?**

La expresión **Misterio Pascual** debería utilizarse más en nuestras catequesis y charlas, en el lenguaje común de la fe, acostumbrarnos a su significado y a la riqueza de su contenido. La Pascua es el centro de la fe cristiana, la Pascua es Cristo Muerto y Resucitado. Hablamos del centro de la experiencia cristiana y de la estructura misma de la liturgia. El Concilio Vaticano II ha recuperado con mucha fuerza esta expresión que ya está en la Escritura, en los Padres y en las fuentes litúrgicas.

Si recordamos a S. Pablo: *“cuantas veces coméis y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga”* (1 Cor 11,26) caemos en la cuenta de que el memorial de la cena hace presente actualmente en la Eucaristía

el entero misterio de la Pascua del Señor. Todos los sacramentos hacen referencia a esta Pascua, de un modo u otro. Por eso, la experiencia de la Pascua está en la base de los sacramentos y en el desarrollo de año litúrgico. Lo mismo que pasó Dios liberando al pueblo de Israel esclavo en Egipto así, hoy, Cristo pasa entre nosotros entregando su cuerpo y sangre para nuestra salvación.

Ciertamente, hoy como siempre, nos tenemos que preparar espiritualmente, bíblicamente, para entrar en la Eucaristía, para entrar en la experiencia el Misterio celebrado.

